

del misterio y la liturgia, aparecen en lugar de la unificación afectiva una unificación y un sentir lo mismo que otro de índole estética. La actitud del espectador en la tragedia antigua, culto a medias todavía, debía de representar una transición entre ambos tipos. Así, aparece en estadios posteriores del desarrollo del hijo, en lugar del amor materno instintivo y caracterizado por la unificación afectiva, el mero sentir lo mismo que el hijo, mientras que por el contrario el padre sólo de este sentir sería capaz desde el primer momento frente a su hijo. Éstos son sólo algunos ejemplos, que podrían aumentarse a voluntad.

Análogamente: seguimos aún en unificación afectiva, por ejemplo, en la guerra, con nuestro pueblo que padece y con el grupo ampliado, por ejemplo, con otros pueblos en cuanto miembros del mismo círculo de cultura. Frente a ellos existen sólo el sentir lo mismo que otro y la simpatía. En general: seguimos en unificación afectiva con el grupo más estrecho, cuando con el más ancho sólo estamos ya en relación por medio del sentir lo mismo que otro y eventualmente de la simpatía.

B) EL SENTIR LO MISMO QUE OTRO ES FUNDAMENTO DE LA SIMPATÍA

La existencia de esta ley de fundamentación ha sido mostrada suficientemente en lo que precede y sólo necesita ser recordada en este resumen sistemático.

C) LA SIMPATÍA ES FUNDAMENTO DEL AMOR AL HOMBRE (*humanistas*)

Es —como se ha mostrado— la simpatía en sus dos formas, del “sentir uno con otro” y del “simpatizar con”, quien trae a nuestra conciencia en el caso particular el “yo ajeno en general” (dado antes ya como *esfera*), y a una conciencia de *realidad* igual a la realidad de nuestro propio yo. Este igual tener por real (y el juicio que *descansa* únicamente en ella) es la *base* del movimiento del espontáneo amor al

hombre, es decir, del “amor a un ser” meramente *porque* es “hombre”, porque tiene “faz humana”. El sentir lo mismo que otro todavía no da esta igual realidad. Da sólo la cualidad del estado ajeno, no su realidad. Por eso podemos perfectamente sentir las mismas alegrías y pesares que los personajes de las novelas, que las figuras ficticias de los dramas (de Fausto, de Margarita, por ejemplo) representados por el actor, pero no *simpatizar* genuinamente con ellos —mientras nos mantenemos en general en actitud estética y no de participación en la realidad, como hace al leer la colegiala. Pues la simpatía está ligada por *ley esencial* con el *tener por real* al sujeto con quien se simpatiza. Desaparece, pues, cuando en lugar del sujeto tenido por real aparece un sujeto dado como ficción, como “imagen”. La plena superación del autoerotismo, del egocentrismo tímico, del solipsismo real y del egoísmo, tiene lugar precisamente *en el acto* del simpatizar. La “realización” emocional de la Humanidad como un género tiene, por ende, que haberse llevado a cabo ya en la simpatía, para que sea posible el amor al hombre en este específico sentido.

La apretada coherencia de ambas cosas resulta evidente también del hecho de que ni el amor al hombre, ni la simpatía dependen de previas distinciones entre los *valores* positivos o negativos de los seres humanos o entre el valor de los sentimientos con los cuales se simpatiza. El genuino amor al hombre no distingue entre compatriotas y extranjeros, el malhechor y el bueno, entre valor y no valor raciales, cultura e incultura, tampoco entre bien y mal, etc. A *todos* los seres humanos abraza, exactamente como la simpatía, sólo porque son seres humanos— pero en específica separación respecto del animal y de Dios. Esto no excluye, sin embargo, que en el *amor* al hombre, en oposición a la simpatía (que puede volverse también hacia el animal), se aprehenda también a la Humanidad como sujeto de valores positivos específicos, es decir, en su relación con el animal tanto como con lo Divino— como quiera que por *esencia* en todo amor están dados también valores positivos. El *pathos* del amor al hombre es un *pathos* absolutamente propio y específico, en el sentido de las palabras de Goethe: “pues yo he sido un hombre y esto quiere decir ser un luchador”.

En la simpatía aún no está dado este específico *valor* del hombre sólo en cuanto hombre.

Cierto que el amor al hombre —una vez puesto en movimiento por obra de una pura simpatía— puede extender por su parte activamente y a su gusto la esfera de las funciones de una genuina simpatía, dado que los círculos de los objetos de posible simpatía se ensanchan cada vez más únicamente por obra de las experiencias que son el resultado de una activa ayuda a los demás, ayuda a la que conduce únicamente el amor, y no la simpatía, esencialmente pasiva. Pero esto no excluye que la simpatía sea en general —como vivencia y acto intencional— necesario fundamento de la posibilidad de que se produzca el amor al hombre.

D) EL AMOR AL HOMBRE ES FUNDAMENTO DEL AMOR ACOSMÍSTICO A LA PERSONA Y A DIOS

No es necesario gastar aquí más palabras acerca de la diferencia de íntima esencia entre el amor al hombre y el amor acosmístico a la persona espiritual de todo (cualquier) prójimo en Dios, que apareció (históricamente por primera vez) en el Cristianismo. Hemos tratado ampliamente este asunto en el ensayo *El resentimiento en moral*, en *Del derrocamiento de los valores*, tomo I, 2ª ed. Pero reconocemos hoy que con arreglo a nuestra actual manera de ver en estas cosas fuimos demasiado lejos en varios pasajes del ensayo⁸⁶. Nuestra tesis en aquel ensayo era, entre otras cosas, que el “moderno amor al hombre” (humanidad, filantropía, etc.) es algo que ha sido pura y exclusivamente “esgrimido” por “resentimiento” contra el amor a la patria y el amor cristiano a la persona y a Dios, o sea, que no ha sido ningún “genuino”, “autónomo” movimiento de amor con fundamento positivo y propio en la esencia del espíritu humano, sino sólo una posición de protesta y de lucha contra el amor cristiano a la persona de Dios, por una parte, contra el amor a la patria, por otra. Aún hoy tenemos, como entonces, la convicción de que la idea del universal amor al hombre con gran frecuencia *ha sido empleada* polémicamente en este sentido a base de resentimiento. También

sostenemos aún hoy que el colocar el valor del amor universal al hombre *por encima* del amor cristiano a la persona y a Dios, así como del amor a la patria, o del amor a la nación y al hombre del propio círculo de cultura, como también el colocar el valor del utópico “amor al más lejano” (Nietzsche) por encima del “amor al prójimo” es una obra de resentimiento que se limita a “esgrimir” el primero (es decir, es una transformación ideológica del odio contra lo Divino, del odio contra la persona espiritual en el hombre y su posible perfección, del odio contra la patria, contra el “prójimo”). De esta tesis no cedemos lo más mínimo. Pero es justo también sólo este colocar *por encima* el valor del amor al hombre, mas no este mismo, por su esencia y su raíz, es una obra de resentimiento. Y no él mismo, sino sólo la “idea” de él puede, pues, ser “esgrimida” contra las mencionadas formas del amor. El amor al hombre es en sí una forma de la emoción amorosa depositada como posibilidad ideal en la esencia del hombre y que por su esencia y su dirección es positiva, tanto en lo que respecta a su origen, cuanto en lo que respecta a su valor. Esto no excluye que, como todas las posibilidades esenciales e ideales de las emociones amorosas del hombre, en cuanto movimiento histórico real sólo haya resaltado poderoso y bien visible en lugares muy determinados de la historia, por ejemplo, dentro de la “humanidad clásica” cuyo ideal fué dibujado luego por las escuelas cínicas, estoicas, epicúreas; más en los movimientos humanitarios y filantrópicos del siglo occidental de las luces; en la historia de la cultura china, con la aparición de la doctrina meridional de Laotsé y su amalgama con el budismo; por último, en las modernas democracias del sentimiento, de los siglos XIX y XX.

Reconocido esto, es menester que se conceda esto otro (como la tesis propia de este capítulo): que el amor acosmístico a la persona y a Dios —con la idea inherente a él de la solidaridad de la salvación de todas las personas espirituales finitas en Dios —está *fundado* en el amor universal al hombre, por lo que toca a la posibilidad de “originarse”.

La razón de ser de esta ley de fundamentación está en que, si bien el específico yo vital y su sustrato real, el alma